

“Divertimento” de Miguel-Anxo Murado

EUGENIA VÁZQUEZ PEREIRA

Facultade de Humanidades
Universidade de Santiago de Compostela

EL AUTOR

Miguel-Anxo Murado López (Lugo, 1965) es un multifacético creador, escritor y periodista, y también políglota, traductor, guionista de cine y televisión, profesor y realizador de documentales, que se formó en la USC como arqueólogo, y cursó política internacional en Bruselas, autor de una sólida obra literaria de más de veinte títulos de novela, poesía, ensayo, libros de viajes y teatro, premiado repetidamente tanto por su faceta literaria como su trabajo en el campo audiovisual, además de ejercer como periodista, tanto en primera línea de los conflictos de los Balcanes y Oriente Medio, como con colaboraciones en prensa, radio y televisión tanto nacionales (*La Voz de Galicia*, cadena SER...) como internacionales (BBC, *New York Times*, *The Guardian*...).

Desde su primer libro. *Metamorfosis benezianas*, Premio Café Gijón de Novela Corta en 1983, prologado por Claudio Rodríguez Fer, de quien había sido alumno, Miguel-Anxo Murado se ha distinguido por su ingenio, muchas veces lúdico, como puede apreciarse en su columna “Divertimento”, publicada en *La Voz de Galicia* el 30 de septiembre de 2018.



Miguel-Anxo Murado

EL DIVERTIMIENTO

Si analizamos “Divertimento”, apreciamos que el autor se autopropone un juego: escribir sin la A (segunda letra más frecuente en castellano), mientras va desgranando diferentes datos en torno a él y a las posibilidades que ofrece:

DIVERTIMIENTO
El dilema de enfrentarse a la página en blanco



Ocurre, y es frecuente de hecho, que el escritor de periódicos, como yo, no encuentre sobre qué escribir, que es lo que me sucede hoy. Surge entonces ese conocido horror del folio virgen, el peor temor de todo escritor: el bloqueo. Pero, no nos precipitemos. Mejor me dejo conducir por el flujo del texto, me entretengo contemplándolo como si fuese un río de signos. Me fijo en su curso, en los símbolos mismos, los contornos que constituyen lo escrito. En este punto puede producirse un descubrimiento sorprendente. Y es eso lo que me sucede en este momento. Soy consciente de que en todo lo que llevo escrito existe un elemento no previsto, si bien por el momento no logro distinguir el qué. Solo sé que tiene que ver con el léxico. Lo echo de menos, pero no sé qué es lo que echo de menos. [Y entonces es cuando se me ocurre que, hasta aquí, y salvo en mi nombre, no ha aparecido una sola vez la letra “a”, la segunda más frecuente en la lengua castellana].

De modo que, metidos de lleno en ello, decido seguir con este experimento, que tiene numerosos ilustres precedentes. Porque, si bien en mi texto esto es fortuito, existe todo un género que consiste en esto mismo: en excluir un signo gráfico. Este género tiene precursores incluso desde tiempos remotos. Se dice que en el siglo III Néstor reescribió Homero entero suprimiendo un signo del griego en los sucesivos episodios de sus libros, pero lo cierto es que ese texto de Néstor, si existió, lo hemos perdido. Se dice que Trifodoro Sículo intentó lo mismo en el siglo V, lo que considero increíble si pienso en el deletreo de los nombres de los héroes griegos. Pero sí existen muchos ejemplos ciertos en el curso de los siglos. En el siglo XVIII un escritor portugués publicó cinco curiosos volúmenes, uno sin «i», otro sin «e», otro sin «u» y otro, por supuesto, sin el signo que no puedo decir: Los dos soles de Toledo, que yo

leí de joven y me resultó tedioso. Eso sí, me impresionó mucho el esfuerzo, y me dije «pues sí que es un ejercicio difícil, este» (como estoy viendo que lo es). Existen deliciosos ejemplos de excéntricos en este género, como Ernest Vincent Wright, un escritor de los 1930, que quitó de su Olivetti o Underwood el signo «e» con el fin de escribir un voluminoso libro de ficción, o ese lírico loco del siglo XVIII que no solo no escribió en ni uno solo de sus cientos de versos el signo «r» sino que se esforzó en suprimir ese sonido incluso en su dicción con sus conocidos y contertulios.

Pero el modelo supremo de este tipo de juegos lingüísticos tiene que ser, sin discusión, *El secuestro* de Georges Perec, un libro de ficción de 1969 en el que se prescinde por completo del signo «e». Consiste en un grupo de individuos que se ven envueltos en un complejo misterio con un cuerpo y un posible homicidio. Pero lo mejor de todo es que, en el curso del enredo, es el signo «e» mismo el que resuelve el misterio. Leí *El secuestro* en su momento y recuerdo que, concluyéndolo, me produjo un deseo incontenible de «e», y solo se me ocurrió decir, en un frenesí fonético: «Este Perec es excelente, que se enteren que merece ser célebre». Pero no lo fue. Su texto no se difundió mucho porque solo es bueno como él lo escribió, y si bien se hicieron luego versiones del mismo en ruso, inglés, etc.... difieren un poco del texto primigenio y no se ve todo el virtuosismo de Perec. Lo dicho en un principio: lo escrito nos conduce, el flujo del texto, sus signos, dirigen nuestro recorrido. ¿Somos dueños de lo que escribimos? Depende: somos o no somos (que, por cierto, se lee lo mismo del derecho que del revés).

Dividiremos el comentario en los diferentes niveles de análisis, para empezar hablando del nivel gráfico: al final del texto encontramos un palíndromo, a modo de broche, dando una agradable terminación al juego. Los palíndromos, construcciones que se leen igual al derecho que al revés, se recogen en este nivel a pesar de su sonoridad, ya que es difícil que trascienda la escrita de forma relevante para quien recibe el mensaje: es una filigrana de la habilidad escrita.

A nivel fónico, detectamos rápidamente la ausencia de la comentada letra, salvo en el nombre del autor y en el pequeño paréntesis explicativo de su decisión (de las que él mismo dice ser consciente ya directamente). En torno a esta ausencia se desarrolla en su totalidad el texto, y se desenvuelve el elemento lúdico ya señalado. Además, apreciamos la existencia de aliteración, por ejemplo en “...este Perec es excelente, merece ser...”, totalmente consciente, “lírico loco...” probablemente menos intencionada, etc.

Morfológicamente, en el artículo nos encontramos con gran abundancia de verbos, que dan dinamismo al texto, producen sensación de movimiento, de acción, al igual que la alternancia entre frases más cortas, las más abundantes, con construcciones sintácticas mucho más largas, originando esta similitud con la cadena de pensamiento “con uno mismo”, un pensamiento que vaga, vuela y vuelve a reflejarse en el papel.

Destacamos como figuras gramaticales las múltiples omisiones, la más obvia señalada expresamente, “...se me ocurre que, hasta aquí, y salvo en mi nombre, no ha aparecido una sola vez la letra “a”...” (y que, a la vez, es un circunloquio), o la anáfora “Me dejo..., me entretengo..., me fijo...”.

En cuanto al léxico empleado, en general es sencillo, coloquial cuando el autor habla consigo mismo. Encontramos personificaciones (es el propio signo E el que

resuelve el misterio en la obra de Pereg), hipérboles, “...ese conocido horror del folio virgen...” (que de nuevo nos permite apreciar dos figuras juntas, por un lado ese horror hiperbólico, por el otro la metáfora: en general no conocemos folios que no continúen “siendo doncellas”), o tópicos, como el del describir el texto como río (así como otros autores hablan de la vida como un río, tópico *Vita Flumen*, esta cadena de aparente pensamiento errático vertida en un papel es un río, rápido y caudaloso, que nos llevará a descansar en el mar, el final): “me dejo conducir por el flujo del texto, me entretengo contemplándolo como si fuese un río de signos...”.

En cuanto a la expresión del tiempo y del espacio, detectamos la existencia de un tiempo lineal, que hace referencia a obras pasadas pero como influencia: no es una retrospectiva, sino a lo sumo algo simultáneo al ahora (lo pienso mientras escribo, me fijo a medida que lo voy haciendo...) Avanza con rapidez, es ágil además de corto. Consideraremos en principio que el tiempo es coincidente, es decir, el tiempo de la obra es el mismo que el del autor, pero al no ser una obra narrativa, hay aspectos que, o bien se desdibujan, o bien se hacen menos relevantes. De la misma forma, diremos que el espacio, por su parte, existe, es estático, y se sitúa en un contexto urbano. Nada nos aleja de esa idea, aunque realmente desconocemos esa información.

Su estructura intratextual es cerrada. Extratextualmente es un texto periodístico, pero también un soliloquio, y un juego. Pertenece, pues, a los conocidos como artículos literarios. Hay que tener en cuenta que analizamos la obra de un autor contemporáneo, cuyo espíritu, firmemente asentado en el siglo XXI, se levanta sobre el concepto del hombre de letras al estilo del siglo XIX, donde tantos y tan grandes compartieron la literatura en sentido clásico con la crónica periodística.

Encontramos quizás intertextualidad en las referencias de autores y textos, ya que no los recoge, pero sí los cita, invocándolos como influencias históricas. No podemos hablar, siendo un texto tan joven, de sobre quién o qué influirá, pero en lo que a su inspiración toca, habla de autores que realizaron juegos similares al que él ha iniciado. Menciona a Néstor y su desaparecida obra y a Trifidoro Sículo, como antecesores posibles y no probados, a Ernest Vincent Wright, y a “...ese lírico loco del siglo XVIII...” cuyo nombre desconocemos y que oculta, como antecesores ciertos en el juego de la supresión de una letra. Pero, sobre todo, hace referencia a Pereg y a su obra de 1969 *El Secuestro*, como modelo indiscutible.

Aunque (por tener que buscarle alguna pega para sentir este comentario completo) me resulte curioso que en la arriba comentada relación de influencias posibles, probables y seguras, no mencione a ningún autor español (podría haber citado, por ejemplo, a Enrique Jardiel Poncela (Madrid, 1901 – 1952), que reunió en su obra *Ventanilla de cuentos corrientes* los relatos “Un marido sin vocación” y “El chófer nuevo”, escritos sin usar las letras E y A, respectivamente), que viendo su trayectoria es muy probable que haya leído pues, personalmente, considero este artículo obra de una persona leída, culta, que no nos ofrece tanto un artículo de corte filosófico, como un juego al que el propio autor se propone jugar, y que tal vez busque enseñar deleitando, dando vida una vez más a un tópico literario de largo recorrido (*Docere et Delectare*). Aprecio de manera muy clara una suerte de autoconciencia de autor, de maestría, el saber que sabe, por así decirlo. Disfrutar ponerlo en práctica con la tranquilidad y el reto de que a la persona más estricta a la que tendrá que demostrárselo es a sí mismo.